

SALOMON WAPNIR

LA SOMBRA IMPERIALISTA

Juicio de ALFREDO L. PALACIOS

y apéndice de

Manuel A. Seoane

EDITORIAL TOR

A Manuel A. Lerma, cuyo
secreta presta a este trabajo
su adhesión de su fe
en la causa común de
una leal y sincera au
da de justicia -
con afecto y fraternal

Salvador Wazier

94
84

LA SOMBRA IMPERIALISTA

SALOMON WAPNIR

LA SOMBRA IMPERIALISTA

A propósito de "Por la Emancipación de la
América Latina" de Victor Raúl de la Torre



EDITORIAL TOR

Dirección, Administración y Ventas: C. PELLEGRINI 62

Depósitos y Talleres: RIO JANEIRO 760

BUENOS AIRES

*A la memoria de José Ingenieros,
Precursor y Maestro.*

PROLOGO

Buenos Aires, 25 de Noviembre de 1927.

Señor Salomón Wapnir.

Mi querido Wapnir:

He leído, con la atención que merecen sus interesantes trabajos, su opúsculo titulado «Víctor Raúl Haya de la Torre y el Anti-imperialismo».

Siempre tuve por su labor una honda simpatía. No es usted un espíritu negativo, listo, siempre, a señalar errores y nunca bondades.

Su temperamento generoso y libre de prejuicios, le hace ver con claridad lo bueno que tienen los hombres que piensan y luchan y se ofrendan al bien de sus semejantes.

Es Vd. joven y, por eso, es más digna su actitud de reconocer ampliamente las virtudes y los méritos de los hombres que marchan en la vanguardia de la nueva generación de América.

Su libro «Crítica positiva», a pesar de los defectos propios de toda obra inicial, le señala a usted como el poseedor feliz de una amplitud espiri-

Buenos Aires, 25 de Noviembre de 1927.

Señor Salomón Wapnir.

Mi querido Wapnir:

He leído, con la atención que merecen sus interesantes trabajos, su opúsculo titulado «Víctor Raúl Haya de la Torre y el Anti-imperialismo».

Siempre tuve por su labor una honda simpatía. No es usted un espíritu negativo, listo, siempre, a señalar errores y nunca bondades.

Su temperamento generoso y libre de prejuicios, le hace ver con claridad lo bueno que tienen los hombres que piensan y luchan y se ofrendan al bien de sus semejantes.

Es Vd. joven y, por eso, es más digna su actitud de reconocer ampliamente las virtudes y los méritos de los hombres que marchan en la vanguardia de la nueva generación de América.

Su libro «Crítica positiva», a pesar de los defectos propios de toda obra inicial, le señala a usted como el poseedor feliz de una amplitud espiri-

tual encomiable y ejemplarizadora frente al rumiar egoísta de muchos jóvenes que, desgraciadamente, — causa pena consignarlo, — dedican sus mejores años a la vana tarea de hablar mal de los que algo realizan.

Hasta hoy nadie había señalado, con firmes trazos, a Haya como el abanderado de la juventud de América, en su lucha contra el imperialismo. Vd. lo hace con acierto y con cariño. Era menester un corazón como el suyo para hablar de otro gran corazón como el de Haya!

Todo lo que hagan los jóvenes de la nueva generación por la libertad de nuestra América y por el triunfo de la justicia social, será poco comparado con la realidad esclavizadora que nos circunda.

Tenemos necesidad urgente de defender el futuro de nuestro continente del peligro imperialista y de evitar que las oligarquías criollas de nuestros pueblos vendan las soberanías de nuestras patrias al dinero extraño.

Ardua es la tarea. Ella no se realizará con discursos ni con asambleas, ya que la labor de las nuevas generaciones hispano-americanas, no debe ser de simple oposición retórica al imperialismo yanqui, que es el más cercano a nosotros y nos amenaza con más frecuencia.

Grave es la hora para los hombres que tienen clara noción de su responsabilidad. Por eso es simpática y atrayente la figura romántica de Haya de la Torre.

Fuerte carácter el suyo debe ser, cuando no consiguieron torcerlo ni los halagos de una plutocracia engreída, ni las persecuciones de gobiernos ciegos a los imperativos de la historia.

Creo, sin exageración, que Haya está llamado a realizar grandes cosas en nuestra América. Tiene para ello, virtudes suficientes: pureza de alma que llega hasta el sacrificio voluntario, y visión política lejana.

Le felicito sinceramente por su hermoso ensayo.

¡Y ojalá muchos jóvenes le imiten en la tarea!
Cordialmente, le abraza.

ALFREDO L. PALACIOS.

Plausible y generosa la actitud de los compañeros de Víctor Raúl Haya de la Torre, al reunir en un volumen las conferencias, mensajes y artículos que éste produjera en los años que median entre 1923 y 1927 tomando por principio orgánico y orientación básica la emancipación de la América Latina. Es así que nos es dable conocer, por su importancia histórica, los distintos movimientos de agitación en que la figura de este inquieto, como activo y estudioso animador revolucionario, asumiera un rol de indudable importancia y evidente valor positivo.

Nació Víctor Raúl Haya de la Torre en Trujillo (Perú), en las postrimerías del siglo pasado. Para que sus actos fundamentales posteriores asuman mayor relieve, se hace indispensable el anotar que descende de una familia cuyo título más venerado es el escudo de armas que ostenta el frente de la vieja y austera casa familiar. Sobre

ella gravita todo el peso de arcaicos prejuicios y convencionalismos, entre los que habían de ejercer su influencia más decisiva los derivados de la religión y de los vetustos principios nacionalistas. Fué su padre diputado nacional y un tío vicepresidente de la república.

Siguiendo normas consagradas, hizo sus primeros estudios en un colegio de religiosos franceses, en donde pusiera en evidencia sus ingénitas condiciones de rebeldía. No logró distinguirse entre los educandos de los clérigos ni hubo de obtener, por consiguiente, ninguno de los premios asignados a las virtudes pasivas de los alumnos conventuales.

Del colegio pasó a su hogar, en el cual, por imposición de las costumbres de la vida aristócrata de su rango social, hubo de convertirse en uno de los tantos floridos señoritos, muñecos que pueblan los salones, evidenciando la culminación de un híbrido dandismo. No era este el sendero de sus inclinaciones. La inquieta flor de la vida que reclama nuevos climas y cielos a los privilegiados pletóricos de ansias fecundas y nobles, habría de orientar su existencia hacia distintos rumbos. El abandono de su familia y de cuantos vínculos le ligaban a una clase con cuyo espíritu no comulgaba y cuyos principios combatía con la fe y sinceridad de su juventud iluminada por un recio amor hacia los nuevos ideales del derecho y de la justicia, llevóle a conocer nuevas tierras, paisajes y emo-

ciones. Recorrió pueblos y aldeas, curioso impenitente, hasta llegar a los umbrales de Lima. En-
tabló en la capital de su patria recia lucha. Vivió
de su propio esfuerzo, buscando en las tareas ma-
teriales el cotidiano recurso de sostén. Tales pre-
ocupaciones no restaron energías a sus anhelos de
superación cultural. Fué de los estudiantes más
pobres de la Universidad, pero indiscutiblemente
también de los más estudiosos, inteligentes y te-
soneros.

En tales circunstancias inicióse en la acción com-
bativa prodigando su brillante oratoria en los sa-
grados motivos de la justicia social. Actuando en
la Federación de Estudiantes, tuvo oportunidad
de concurrir como delegado ante el comité de
huelga pro-jornada de 8 horas, en 1919. De aquí
su contacto con los obreros, contacto que habría
de reclamar en lo sucesivo a toda hora, anhelo-
so de constituir la gran alianza de los trabajado-
res del músculo con los del pensamiento.

En ese mismo año tomó parte en la reforma
universitaria que lo contara entre sus agitadores más
activos. Su acción fué tan eficaz y su influencia tan
decisiva y preponderante, «que, en plena lucha,
fué elevado al cargo de presidente de la institu-
ción representativa de todos los estudiantes del Pe-
rú, cargo que hasta entonces había sido ocupado
por señoritos». Este organismo, que permane-
ciera anquilosado, carente de la fuerza impulsiva
y dinámica que habría de abrigar como expo-

nente de juventud, viró de inmediato hacia la izquierda, hacia los puestos de lucha, hacia la acción fecunda y creadora.

Después de llevar al triunfo los postulados de la juventud se ocupó en organizar la confraternidad intelectual de América. Al calor de su entusiasmo y su fe, se realizó el congreso nacional de estudiantes de la ciudad de Cuzco en 1920. Fué de allí de donde surgió la idea de fundar las Universidades Populares «González Prada», que Haya de la Torre dejara constituídas el 22 de Enero de 1921.

Realizó el primer convenio estudiantil de América con la Federación Universitaria Argentina, en cumplimiento del cual viajó en 1922 por la Argentina, Uruguay y Chile, colaborando en las distintas agitaciones y movimientos renovadores.

Sus fecundas campañas contra la dictadura del gobierno de Leguía provocaron su prisión primero y su destierro, después. Era un elemento activo, inteligente y de acción eficaz en las filas de la izquierda y por ende una figura peligrosa para las huestes reaccionarias. Se imponía su eliminación. Para lograrlo no habría de necesitarse un largo expediente. Se fraguó un intento de conspiración civil encabezada por políticos opositores y con los cuales Haya de la Torre estaría en contacto. Nada importaba que fueran populares sus ideas por las cuales combatía toda laya de políticos burgueses y por las que encontrábase lejos de toda concomitancia con idénticas fuerzas amo-

rales y reaccionarias, ávidas tan sólo de los manejos del gobierno. «Sin ófrme, dice Haya de la Torre, se me enviaba prisionero, incomunicado, reducido al violento silencio, a la isla en que se pudren un sinnúmero de víctimas, de todas clases sociales, arrojadas allí por sospechas o por venganzas». Los estudiantes y obreros protestaron por tan grande injusticia. Se produjo la huelga general y en Vitartes, como en otros puntos del Perú fueron masacrados los hijos del pueblo que salieron a la calle a dejar oír su palabra de rebelión contra la tropelía cometida con Haya de la Torre por el malón retrógrado.

Fué en estos momentos de efervescencia cuando la mano de un proletario, venciendo enormes y difíciles vallas, trajo la carta que desde su prisión enviara a los obreros y estudiantes el valiente luchador. Su lectura templó el espíritu; ella es un dechado de fe y sinceridad, de valentía y de amor hacia la causa. «No sé cuál será mi suerte, ni me interesa pensar en ella. Cuido sí de ratificar en estos interesantes momentos de mi vida, la afirmación de mi credo revolucionario, ajeno y muy lejos de la podredumbre política nacional. Represento un principio, un credo, una bandera de juventud. Agité y agitaré las conciencias hacia la justicia. Lucho por producir la precursora revolución de los espíritus y maldigo con todo el calor de mi convencimiento a los explotadores del pueblo que hacen del gobierno

y la política vil negociado culpable».

De nada valió el clamor de tan grandes como sinceras protestas. La autoridad despótica del tirano había de consumir su plan de acción tendiente a silenciar la palabra de cuantos, elevándose por encima de tanta hipocresía, mentira, servilismo y cobardía, atrevíanse a descorrer el manto infeccioso de las lacras que cubrían las almas y los actos de una clase viciada y bamboleante.

Haya de la Torre hubiera también, como tantos otros desdichados soldados de la gran causa social, perecido en la tétrica prisión de la isla de San Lorenzo, hermana en destino a la de Más Allá chilena y a la Isla del Diablo francesa, si la huelga de hambre que empleara como recurso de protesta no originara su destierro. «Cuando mi resistencia física flaqueaba y surgió—por afirmación de los médicos que el gobierno enviaba—el peligro de un síncope mortal, por alteraciones cardíacas, se me embarcó precipitadamente, sin más equipaje que mi ropa puesta, en un transatlántico alemán, en el que, hasta el límite del litoral peruano, permanecí incomunicado por una comisión policial compuesta de seis agentes. El destierro era para mí una forma de libertad, quizá la única forma de libertad, ya que en el Perú no existe». Conducido hasta Panamá, se trasladó a México, respondiendo a una invitación de Vasconcellos.

Fué la suya una hermosa gira. En Cuba los

estudiantes le nombraron Presidente de honor, título que ya le fuera discernido por los del Perú. Los de Chile y Panamá le designaron miembro honorario. En México estudió ampliamente el proceso de la revolución. De allí partió para Rusia en donde obtuvo un abundante material de observación y estudio para la divulgación del juicio y relato de lo que viera en la primera república obrera, todo lo cual formará un próximo libro que publicará al respecto.

Después de viajar por todos los países de Europa, su salud, quebrantada por los sufrimientos de las persecuciones policiales de Lima y de la huelga de hambre con que se librara del martirio de la prisión de la Isla de San Lorenzo, se vió resentida y esta vez muy gravemente. Radicóse en un sanatorio de Crimea primero y luego en otro de Leysin, Suiza. La persecución del tirano Leguía había de cruzar el Océano e internarse en los pueblos de la vieja Europa en busca del generoso luchador, herido en ese instante por las mismas armas de la reacción capitalista. A reclamación del Perú, el gobierno de Suiza ordenó el destierro de Haya de la Torre. Fué a Italia y pocos meses después se trasladó a Inglaterra para ingresar en la Universidad de Londres, donde por su contratación a los altos estudios mereciera honrosas distinciones y una recomendación oficial ante la Universidad de Oxford.

Haya de la Torre, dicen sus compañeros de

destierro radicados en nuestro país, no sólo es un gran estudioso y un notable orador, sino también un hombre de una vida purísima y un optimista inmarcesible. Por eso contra él se han quebrado las calumnias de sus enemigos, que lo son a la vez de la causa de justicia que defiende. Su prestigio se extiende hoy a todos los países de América Latina. El congreso nacional de estudiantes de México, reunido el año pasado le acordó el título de «Representante genuino de la juventud latino-americana».

Romain Rolland, el indiscutible maestro del siglo, ha dicho de Haya de la Torre: «He visto en él el espíritu más generoso y más justo, sinceramente desgarrado por los sufrimientos de su pueblo, pero profundamente imparcial, equitativo, ansioso de verlo y comprenderlo todo».

Y bosquejada la silueta moral del hombre, veamos el espíritu, la orientación y propósitos de su obra.

II

Para allegarnos al fondo mismo del conocimiento de la obra realizada por Víctor Raúl Haya de la Torre, nada mejor, acaso, que la referencia y comentario de aquellas páginas que reflejan con mayor precisión la orientación orgánica de su libro «Por la emancipación de la América Latina».

Haya de la Torre ha ocupado, desde los comienzos del movimiento antiimperialista, el puesto más prominente en la organización latino-americana de este cuerpo revolucionario. Ha sido, en todo momento, el líder conspicuo de las cruzadas que realizara esta corporación. Débese a su tenacidad, a su fe, y a su entusiasmo que los propósitos enunciados en la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, hayan trascendido a todos los pueblos de sudamérica, propagándose sus orientaciones y abriéndose camino sus finalidades.

Pero, ¿qué es y qué representa la Alianza Popular Revolucionaria Americana? La A.P.R.A. es la organización de la lucha antiimperialista en América Latina, constituida por un frente único internacional de trabajadores manuales e intelectuales con un programa de acción política. El programa internacional de la A.P.R.A. consta de cinco puntos fundamentales, sobre cuya base se formarán los programas a desarrollar por las distintas secciones nacionales de cada país.

- 1.º—Acción contra el imperialismo yanqui.
- 2.º—Por la unidad política de América Latina.
- 3.º—Por la nacionalización de tierras e industrias.
- 4.º—Por la internacionalización del Canal de Panamá.
- 5.º—Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

La A.P.R.A., fundada en Diciembre de 1924, cuenta en la actualidad con una vasta sección en el Perú y células en México, en la Argentina y en la América Central. Posee un centro en París que corresponde a la sección de Europa y subsecciones en Alemania, España e Inglaterra.

Distintas fueron las interpretaciones a que diera lugar el presentimiento de la conquista imperialista. Para unos, tratábase de un conflicto de razas entre sajones y latinos; para otros, cuestiones de cultura o bien de nacionalismo. Fué de las Universidades Populares «González Prada» de donde

surgió una nueva interpretación, un nuevo sentido práctico e histórico, que venía a esclarecer en forma precisa los orígenes del inquietante problema planteado. Tratábase, no de un conflicto de razas, ni de cultura, ni de nacionalismo. Era sí, una cuestión de carácter económico la única y básica razón de la conquista imperialista. De las Universidades Populares «González Prada» se denuncia la orientación verdadera de tales finalidades y se reclama, con urgencia y valentía, «la unión de la juventud de trabajadores manuales e intelectuales para una acción revolucionaria contra el imperialismo». Fué este llamado el que motivó las sucesivas creaciones de ligas antiimperialistas en distintos países latino-americanos, organizadas con un programa revolucionario de acción política y con la hermosa característica de un Frente Unico en el que fraternizaban, al calor de un mismo ideal, obreros y estudiantes, campesinos e intelectuales.

La experiencia de las relaciones económicas y políticas entre América Latina y los Estados Unidos ha puesto en descubierto una serie de conclusiones de las que hemos de anotar las siguientes. Que las clases gobernantes de los países latino-americanos, compuesta de terratenientes y latifundistas, son aliados del imperialismo. Que mediante una política de concesiones, empréstitos y otros aportes, los Estados Unidos tienen en sus manos la dirección de nuestros países. Que existe una alianza

entre el imperialismo y las fuerzas de la burguesía, participando éstas de los beneficios ofrecidos por el poderoso tutor a expensas de la docilidad y explotación de la clase productora. Que como lógica consecuencia de esos sucesivos y desenfrenados empréstitos, nuestros países van pasando, paulatinamente, a manos de tan generoso protector, en cuyas arcas tenemos hipotecados todos los bienes, grandezas naturales e industriales del país. Que en razón directa a la importancia del avance económico del imperialismo de los pueblos de América, se registran sus dominios y posesiones políticas o francamente territoriales. Panamá, Nicaragua, Cuba, Santo Domingo, Haití, son verdaderas colonias o protectorados yanquis como consecuencia de la política imperialista.

La refinada astucia del imperialismo ha comprendido que el dominio y la posesión de los países americanos, habría de empezar mediante los factores económicos e industriales. De aquí esta vasta extensión y difusión del capitalismo avasallador obteniendo mediante deliberados acuerdos con los gobiernos usufructuados por elementos reaccionarios y politiqueros, las enormes concesiones que aseguran el predominio financiero e industrial del país.

Claro está que ante la mentalidad popular, pasa desapercibida la capital importancia posterior que adquieren estos actos de entrar en negociaciones con el imperialismo, cuyos detalles, por

supuesto desconocen, pero que sólo se le evidencian en su real magnitud, a medida que avanza el incremento de las explotaciones extranjeras sujetas a largas y favorables concesiones. Resulta no fácil de comprender a la paciente caravana de hombres productores, que precisamente tales convenios significan las más sólidas de las jornadas señaladas por el imperialismo. Lo demás, la posesión territorial, el predominio político, es secundario; constituye un corolario lógico. Bajo la aparente expresión de resguardar los intereses de los ciudadanos norte-americanos radicados en el país y que peligran a causa de un movimiento subversivo, que para el logro de sus finalidades ellos mismos fomentan y alistan, una escuadra o un regimiento sienta sus reales en tierra la in-. ¿Quién podrá oponerse? Los terratenientes, los latifundistas, la burguesía, la prensa sometida a los intereses capitalistas? No son ellos, por cierto; por el contrario habrán de constituirse en representantes, voceros y defensores del imperialismo entronizado al que encontrarán en algún tratado diplomático o en un oscuro artículo del derecho internacional, la razón justificable de su tropelía imperialista. Los ejemplos se multiplican: Gómez, en Venezuela; Díaz, en México; Leguía, en el Perú; Ibáñez, en Chile. Quien protesta, quien sale a la calle para sacudir los eslabones de su cadena, es Juan Pueblo, el eterno oprimido, el invariable explotado, el que sólo re-

clama el derecho máximo de la vida, el más sagrado y el más noble: su libertad.

Pero para estos ilusos de todos los pueblos y de todas las razas, cuyo esfuerzo se malogra por la ausencia de las organizaciones sólidas e inteligentes, los tiranos poseen el recurso de las metral-llas. Así han caído en el Perú, en el inolvidable 23 de Mayo de 1923, los obreros y estudiantes que exteriorizaron su protesta por los actos despóticos del gobierno de Leguía; así cayeron también en Octubre del mismo año, en Vitarte, los obreros textiles y en Enero de 1924 millares de in-dios en la provincia de Azángaro.

Hay que convenir entonces en que un malestar social caracteriza a nuestro siglo; malestar que adquiere una misma fisonomía entre el proleta-riado del mundo, sea éste el de Melbourne, el de Tokio o el de Buenos Aires. Y este estado de agi-tación, de revelante descomposición social, no pue-de tener ni posee otro origen que el que emana de una evidente lucha de clases fundamentada en una razón de orden económico. Para solucionar, en la medida de lo que fuera posible mediante la unión de todos los trabajadores, obreros e inte-lectuales, este estado anacrónico, caótico y de-nigrante para los fueros de la justicia y de la ver-dad, se ha constituido la Alianza Popular Revo-lucionaria Americana en el deseo de que signi-fique para los pueblos latino-americanos lo que

30

constituye para China el Kuo-Ming-Tang, Partido Popular Nacional.

Esta organización no es una mera entidad política de carácter nacionalista, dispuesta a sustentar los principios de un patriotismo enfermizo y venal. Se basa en un principio de política revolucionaria, lo que equivale a decir que entiende por política el concepto más puro y más noble de lo que constituye las luchas democráticas de los pueblos encaminados hacia su constante elevación cultural, ética y económica. Indudablemente que esto ni lo alcanzan ni lo entienden o no quieren entenderlo, los militantes de nuestra política criolla, que no ignoran cuantas maquinaciones, tejes y manejes pueden realizarse en beneficio personal, cuando mediante recursos subalternos e inferiores de adulación y proteccionismo electoral se logra obtener el apoyo de la masa anónima que no siempre, y como un resultado natural del grado mezquino de educación cívica en que la mantiene sumida los gobiernos logreros, saben elegir a los exponentes de mayor capacidad y honradez para dirigir los destinos de los pueblos.

Bien conocía Alberdi la psicología de las masas cuando expresara que «los pueblos tienen los gobiernos que merecen». Sólo éstos poseen en sus manos los recursos necesarios para lograr una constante superación en sus fórmulas de gobierno.

El presidente Wilson, que hiciera entrever, en un momento histórico para la humanidad, la po-

sibilidad de una sincera paz entre los hombres, había ya expresado que «los capitalistas extranjeros no tienen razón alguna para pretender disfrutar de mayores derechos que los ciudadanos de los pueblos en que han invertido y visto prosperar sus intereses; y mucho menos para pretender constituirse en árbitros de los destinos de esos mismos pueblos». Hemos visto luego como estas declaraciones, como tantas otras, no constituían más que el fárrago pesado de la letra muerta. El espíritu vital, la acción determinante, el proceso seguido era otro. Lo constituía esa sucesión de invasiones, de predominios, de tutelajes que el imperialismo desarrolla con el concurso de sus resortes políticos y con la complicidad de los gobiernos venales.

«Raza, Cultura, Tradición, dice Haya de la Torre, todo esto puede ayudarnos, pero nada más que ayudarnos. El eje del problema es económico, es problema de clase y hay que afrontarlo así». Las enseñanzas de la historia y de la economía política nos evidencian hasta la saciedad que mientras los latinos transcurrimos las horas entonando la siringa, cantándole a Rooseweld, a la Estatua de la Libertad, al dinamismo cíclope de la raza y mientras elogiamos sin recatos con extensos y madurados juicios la labor de Whal Whitman, los rubios del norte avanzan en táctica, en predominio; se posesionan de nuestros recursos y fuentes de producción, pisotean y desoyen la voz de

los hombres libres del mundo que claman justicia para dos inocentes que riegan con sangre mártir las aceras y calles de los dinámicos estados unidos de Norte América.

De acuerdo a un principio del socialismo marxista, se impone la necesidad de no inventar la realidad, sino de descubrirla. Quienes alientan la Alianza Popular Revolucionaria Americana, se abrogan el mérito positivo de haber descubierto la realidad, de haberla sindicado poniendo frente a la luz meridiana todos los matices y tonos de su constitución.

Ante las soluciones que ofrece el entusiasta líder de tan noble causa, para la destrucción del avance imperialista, hemos de señalar una que comulga con nuestros principios y que encuadra en el programa económico y político del más orgánico y disciplinado de los partidos de nuestro país. «La nacionalización de la tierra y de la industria, dice Haya de la Torre, y la organización de nuestra economía sobre las bases socialistas de la producción es nuestra única alternativa. Del otro lado está el camino del coloniaje político y de la brutal esclavitud económica». Cuando tal acontezca, cuando los pueblos intervengan directamente en el control de sus industrias y fuentes de producción, nacionalizadas, arrebatadas al zarpazo absorbente del imperialismo en auge, podremos saludar con el cariño de una hermosa realidad, estas palabras de Wells: «En vez de que los negocios del mundo

sean manejados por un puñado de oficinas del exterior, intrigando unas contra otras vil y astutamente, tratando todas de contradecirse y ofenderse recíprocamente, serán manejados bajo la dirección de una educada y organizada inteligencia común, sin más objeto que el bien colectivo». De aquí, entonces, que sea nuestra generación la que deba luchar, la que sin cortapisas, sin vacilaciones y dudas afronte la jornada, ocupe su puesto en la organización y aporte el precioso quilate de su esfuerzo. Todas las contribuciones son positivas, son de peso y de enjundia cuando ellas responden a un plan uniforme, cuando las anima un propósito generoso y fecundo, cuando se afirman en una definida orientación y cuando se actúa bajo el imperio de una disciplina conciente y respetada. La obra que realiza cada uno de los elementos, respondiendo a un plan común, se magnifica, se extiende, y adquiere proporciones sorprendentes. Nada hay más hermoso en los partidos que luchan por la superación de los valores colectivos en sus distintas faces, que su organización, que su disciplina, que su marcha inteligente y regulada. Los actos de indisciplina y nuevamente cito al autor del libro que nos ocupa, son siempre manifestaciones históricas y contraproducentes. El individualismo ha muerto y todo individualista es burgués o reaccionario.

III

Manuel Ugarte, que en su libro «El Destino de un Continente», denuncia los mismos peligros del imperialismo sindicados por Haya de la Torre, no logra, empero, enunciar una solución precisa y conducente a la eliminación de tan grave problema. Supone Ugarte que la unidad americana puede ser el producto de una gestión diplomática, lo que equivale a decir, el resultado directo de los esfuerzos de los gobiernos dispuestos a constituir una valla al avance del poderoso enemigo. Y esto, en verdad, resulta tan infantil como ingenuo. No es dable creer que los estados de América, sometidos en mayor o menor forma a la formidable organización del capitalismo imperialista, puedan intentar realizar un solo acto que denuncie el propósito de sacudir el dominio que sobre ellos gravita o de ejecutar procedimientos abiertamente contrarios a los intereses extranjeros en pleno dominio del país.

Acaso aconteciera este fenómeno, cuando los capitalistas de nuestra América, pudieran desplazar el dominio económico de los Estados Unidos del Norte, asumiendo con su responsabilidad material los trabajos que hoy realizan los representantes del oro imperialista. Aun cuando por imposible demos por descartado este hecho, frente a la menor solvencia o alcance de los capitalistas latino-americanos, hemos de darlo por factible; pero, ¿solucionase, acaso, con ello el problema del malestar social que agita a la humanidad proletaria, y que tiene sus reflejos en nuestro continente? Sólo habríamos logrado con este hecho sustituir un elemento por otro de idéntica filiación.

El capitalismo del mundo no tiene nacionalidad; es sólo uno en sus principios y en sus recursos. La internacional del capital, la unidad de los poderosos de todos los pueblos para organizar sus métodos de acción y de predominio, fué anterior a la internacional obrera. Fué esta una consecuencia de aquélla y la historia ha evidenciado con sus reiterados y dolorosos ejemplos que los capitalistas, con ser los menos, con constituir una ínfima y minúscula parte de los hombres, se mantienen unidos y en común inteligencia para la defensa de sus baluartes burgueses. El proletariado universal, pese a su número grandioso y a sus grandes dolores y miserias, sufre las consecuencias de su propia despreocupación por los fundamentales pro-

blemas e inquietudes sociales que sólo a él atañen e interesan.

Bien pudo acusar Streit a los grandes bancos cosmopolitas y a los poseedores de intereses mineros de haber concebido, preparado y desencadenado la horrible tragedia mundial con el monstruoso propósito de obtener ganancias ilícitas en la venta de extraordinarios refuerzos de hierro a todos los países, sea cual fuera su posición en el terreno beligerante.

Nadie más enemigo, enconado y paciente, de la unión latino-americana, de la inteligencia entre todos los pueblos de América, que el imperialismo. El fomenta las intrigas de un pueblo contra otro; él azuza y caldea los sentimientos; él lleva a Chile contra el Perú, al Brasil contra la Argentina, al Perú contra Bolivia. El arma a todos por separado y de todos obtiene pingües ganancias alzando en armas a pueblos hermanos que van a defender, tan sólo, los intereses del imperialismo. El crea las patrias chicas, los estados débiles, los que resultan dóciles a su avance y a su política. El protege astutamente a los que desprovistos de rebeldía y criterio de independencia, aceptan sus aportes y sus tutelas.

Alfredo L. Palacios, que estudiara con detención el alcance de las finalidades imperialistas y que denunciara las distintas características de la política yanqui, nos dijo en su conferencia sobre «El Ideal de las Democracias Ibero-Americanas»:

«Estados Unidos no vendrá hasta nosotros con acorazados ni con ejércitos; vendrá con su política financiera que limita la soberanía nacional o compromete la independencia».

Cuando se piensa que los Estados Unidos es el dueño económico del mundo; que posee *12 billones de dólares* invertidos en Asia, Europa, Australia y Canadá, sin mencionar las considerables deudas de la guerra, ¿cómo no habremos de entender todas y cada una de sus tropelías realizadas con nuestras repúblicas y estados indefensos y para mayor desventura, en manos de gobiernos venales y reaccionarios? No es, pues, el imperialismo, en verdad, el culpable principal de estos hechos. Sus actos responden a un determinado plan de conquista económica que ha encontrado ambiente; que ha logrado el apoyo de unos gobiernos corrompidos y ajenos en absoluto al respeto debido a la soberanía de los pueblos.

Esto justifica que la Alianza Popular Revolucionaria Americana sea una entidad que en su función política tienda a la conquista del poder, actualmente en manos de quienes, por sus procedimientos y su ideología, distan de responder a la más elemental concepción de un bien inspirado patriotismo. «He aquí, nos dice Haya de la Torre, la necesidad urgente de crear un frente único de todos los trabajadores manuales e intelectuales de la nueva generación de América. Un frente único de pueblos contra los nacionalismos,

contra los militarismos, contra los políticos burgueses, los tiranos impúdicos que arrastran a los pueblos a matanzas inútiles». «Hay que gritar mucho, mucho, hasta que se nos oiga, que con Tacna y Arica o sin Tacna y Arica, los pueblos chileno y peruano vivirán siempre sus problemas propios. El «roto» seguirá tan explotado como hoy, y el indio y el «cholo». Hay que decirlo y repetirlo, y sobre todo repetirlo, que la cuestión no es que en Tacna y Arica el explotador sea peruano o chileno, sino que lo esencial es que los pueblos se rediman y que las líneas fronterizas que hoy sirven de agarraderas al imperialismo yanqui y a las tiranías criollas, desaparezcan para siempre en el gran amor de la justicia».

Ninguna página habrá de ofrecernos con mayor claridad y precisión un cuadro concreto de «los aspectos del problema social en el Perú» que la que así titula en su libro «Por la emancipación de la América Latina». Terminante y categórica, documentada y fiel, arroja en el espíritu el ansiado rayo de luz destinado a esclarecer posiciones. No ignorábamos que la república hermana del Pacífico cruzaba por un triste período de su historia, en que señalasen con la expresión más ínfima el grado de sus libertades ciudadanas y la escala de su progreso cultural; pero lo que indudablemente concurre a robustecer nuestras noticias, es la información que nos brinda el problema social en sus distintos aspectos.

El gran problema peruano radica en sus costas y en sus sierras, en las regiones en que la masa proletaria, blanca o indígena, se agrupa en torno a sus distintas actividades. El obrero costeño, ocupado en las explotaciones de petróleo o en las del azúcar, algodón, actividades textiles, mecánicas, etc., es el tipo de trabajador de fábrica común a todos los pueblos. Sus condiciones económicas son malas y ninguna de sus mejoras han sido obtenidas en forma espontánea por iniciativa de los gobiernos. Todas las conquistas en el terreno gremial o económico, son el fruto de sus luchas, de sus organizaciones, de sus rebeldías, de sus huelgas, de sus protestas.

Conocer la situación del obrero de la sierra peruana, del campesino, especialmente, es conocer una tristísima página de dolor. Por su espantosa miseria, por su enorme analfabetismo, por el inmenso abandono que sufre, constituye la verdadera tragedia histórico-social del Perú. Esa crecida cantidad de indígenas sometidos a los trabajos más rudos no tienen otro recurso de desahogo para su constante dolor que la rebelión. Y a ella acuden constantemente, levantándose con frecuencia grandes cantidades de explotados que no logran cubrir con sus protestas el silbido de las metrallas con que son sofocadas sus rebeliones. Nadie se ocupa de ellos. En las cámaras todos los representantes del pueblo, terratenientes o «gamonales», se muestran concordes en apagar con

sangre el clamor de quienes exigen el más elemental de los derechos de la vida: su libertad. El Dr. Encinas, el único que se atreviera levantar la voz en defensa de los desventurados descendientes del gran imperio de los Incas, fué desterrado. Se llega a dudar de la existencia de los sentimientos de humanidad frente al dolor, la miseria y el sufrimiento de aquellas «grandes masas de campesinos tristes que llevan sobre sus hombros la carga de cuatro siglos de siniestra esclavitud».

Y, ¿qué decir de la misión que desempeña la religión católica en esta pavorosa explotación del hombre por el hombre? El cura católico es un aliado de quienes, implacablemente, mantienen en el oprobio a tres millones de hombres. Para los que se rebelan, para los que protestan, allá está el cínico fraile ofreciendo a los seres sumidos en la congoja de la ignorancia, los dolores del infierno y las torturas de sus llamas. Para los otros, para los sumisos, para los débiles, para los que mastican su dolor en silencio, para ellos las venturas del cielo y las glorias infinitas del paraíso. Remitámonos a las palabras de Haya de la Torre, cuyo elocuente grafismo nos excluyen de todo comentario. «En 1922 estuvo colgado por varios días, en la iglesia de Yauri, capital de la provincia de Espinar, perteneciente al Cuzco, el cadáver mutilado de un indio que sufrió, ante la impasibilidad de las autoridades políticas y judiciales y con anuencia del párroco, la tortura y la muerte por

el delito de encabezar una insurrección contra los terratenientes que incendiaban las chozas y robaban las mujeres de los indígenas de la región. En los meses de Agosto y Setiembre últimos, regimientos del ejército peruano sofocaron, a costa de cien y más víctimas, una acción de protesta de los indígenas de Ayacucho, teatro famoso de aquella batalla que hace un siglo dió la libertad a los sudamericanos...»

Indudablemente que estas noticias no trascienden al extranjero. No faltan, por otra parte, «intelectuales» peruanos que encuentran justificados y naturales estos hechos de vandalismo. Clemente Palma, diputado leguista, sostuvo en su tesis al doctorarse en Filosofía y Letras, «que el indio peruano debe ser considerado como un irracional, que en cuanto no rinda el máximo de su producto, debe morir».

Frente al problema social del Perú, la opinión se ha dividido. De una parte, los hombres de «viejas verdades» al decir de Palacios, los caducos, los insensibles a la evolución ideológica del siglo, los educados en una falsa escuela de concepción biológica y científica, los «que ven en el hombre de la clase explotada al esclavo viciado, la víctima necesaria, histórica y obligada. Por otra parte, la opinión valiente y humana de la juventud, de los estudiantes, de los trabajadores, manuales e intelectuales que desde hace años vienen agitando su palabra de rebeldía y su credo re-

volucionario. La guerra está entablada: los nuevos, los leales, los sinceros, los valientes, los constructores del nuevo edificio social, contra los anquilosados, los reaccionarios, los retrógrados, los enclenques y viciados. Y en una aurora cercana, cuando la unión de los trabajadores del músculo y del pensamiento coaligados a través de toda América y del mundo entero se afiancen y se estrechen en el común esfuerzo de superación y libertad, cuando a través de las distancias se afirme la vigorosa solidaridad de clase, conociéndonos todos a través de los más puros y sagrados sentimientos, habráse logrado imponer sobre la faz de la tierra los generosos principios de la internacional obrera. Acaso, para lograrlo, sea indispensable vencer el obstáculo de los envejecidos, de los que desconocen la importancia del movimiento revolucionario, de los que se oponen a su marcha y de los que multiplican las trabas y las vallas a recorrer. Para destruir tal campaña opositora han de permanecer frescas en el recuerdo las palabras valientes de González Prada: «Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra».

IV

La figura de Emilio Zapata, «el apóstol y el mártir del agrarismo mexicano», es bosquejada en trazos no exentos de precisión, por la pluma concisa de Haya de la Torre. Conquista nuestra admiración el héroe de la fecunda lucha del agrarismo.

Cuando el presidente Madero se negó, presionado por la influencia capitalista a cumplir la cláusula del primitivo plan revolucionario, por el cual se acordaba entregar a los campesinos la quinta parte de los latifundios, Zapata, mestizo de puro origen, se alzó en armas contra Madero. Desde entonces este místico ciudadano, casi analfabeto, que tenía en cambio una prodigiosa intuición de justicia convirtiéndose en el general Zapata. Levantó a su paso millares de campesinos que incorporábanse a la cruzada libertadora. Tierra y libertad era el grito de los agraristas. La lucha fué cruenta, pero el credo de justicia sustentado por Zapata triunfó.

«La tierra para quién la trabaja», voceaban los agraristas. El lema se impuso y el reparto se efectuó pese a todos sus dolores y vallas. Más tarde, la constitución de Querétaro, promulgada en 1917, habría de consagrar el fraccionamiento de los latifundios en el memorable artículo 27 que tantas vidas costara.

Una cobarde venganza eliminó a Zapata. Un sicario de la reacción le tendió la celada, se fingió su amigo y como a una fiera lo ultimó. Su muerte produjo el dolor de una hecatombe en el espíritu humilde y sencillo de los agraristas que respetaban y adoraban a su jefe. Millares de hombres y mujeres, procedentes de todos los pueblos mexicanos, se trasladan el 10 de Abril, aniversario de su muerte hacia Cuatlua, capital del estado de Morelos, conduciendo montañas de flores para la tumba que guarda los restos del generoso caudillo. Haya de la Torre que realizara este viaje en esa fecha histórica, relata las escenas del homenaje popular que adquieren, año tras año todo el aspecto de renovadas apoteosis. Los campesinos veneran la memoria de Zapata. El les dió, en horas turbulentas, la esperanza de triunfo. Hoy, serenada la efervescencia de las inquietantes jornadas de prueba, los campesinos cultivan sus tierras y responden desde el arado, jubilosamente, todas las mañanas, el saludo del sol. Bien pudo decir Vasconcellos, «Sarmiento redivivo», como llamarlo con justicia y elocuencia Alfredo L. Palacios,

que «los agraristas son la mejor gente de México».

Hermosa y valiente la carta que Haya de la Torre dirígele a Rabindranath Tagore en vísperas de la visita que el poeta hindú realizara a Sud América. No ignoraba el desterrado peruano que el gobierno de Leguía había invitado a Tagore a visitar el Perú con motivo del centenario de su independencia. Ante la vista del viajero habría de descubrirse cuanto de aparatoso, de aristócrata, de elegante y de snob posee Lima, pero se habrían de ocultar, en cambio, los dolores del pueblo, sus miserias y sus lágrimas.

Para describirle el estado actual de su patria, Haya de la Torre no necesita de grandes paisajes sombríos y angustiosos. Con descorrer un extremo de la tela, fácil resulta perfilar los tonos del conjunto. «El Perú es una república trágico-cómica, con manchas de sangre y de ridículo; sangre de obreros, de indígenas, de estudiantes, que caen a los golpes del despotismo más cruel; ridículo de políticos vestidos de frac, siervos del imperialismo yanqui y representantes de un feudalismo oprobioso que estrangula a millares de hombres de nuestros campos, en nombre de la libertad y la democracia republicanas».

Desfilan por estas páginas punzantes e incisivas, los distintos cuadros de la tiranía con la legión de sus actos oprobiosos, tropelías, atentados y opresiones. «Se tratará de olvidar con fuegos de artificio, iluminaciones, farándulas y alcohol»,

el recuerdo de los estudiantes y obreros que cayeron barridos por los fusiles de la reacción en los actos de protesta y rebeldía. «Pero yo sé, dice Haya de la Torre, que grupos fuertes de obreros, estudiantes y campesinos recordarán en otros momentos su dolor, su responsabilidad y han de comprender que, ahora o nunca, los que luchan contra la tiranía del explotador nacional y extranjero, deben apretar sus filas y recordar en todo momento su deber».

Acaso sea ya inoficioso seguir a Víctor Raúl Haya de la Torre, a través de todos los capítulos de su libro, cuando en los que acabamos de comentar y en las opiniones recogidas en uno u otro extremo de su producción llevamos ofrecida la idea directriz de los nobles y generosos propósitos a que consagrara su existencia y su obra.

Bien pudo decir el delegado argentino a la Vª Conferencia Panamericana, realizada en Santiago de Chile, doctor Manuel Montes de Oca, las siguientes atinadas palabras: «No somos pesimistas. Nuestro siglo será testigo del crecimiento de la América Latina. Disminuirán los soldados y aumentarán los maestros; se fundirán los cañones para material de fábrica y las naciones del Continente serán felices porque no dilapidarán en elementos de muerte los recursos de vida de sus hijos».

Para los que creemos en la eficacia de la unión de los pueblos en su constante evolución de superación cultural, política y económica y para los que bregamos en la recia lucha contra los actuales sistemas y resortes de la desproporcionada organización social, anunciando el advenimiento de una era en que la sociedad humana se afiance sobre los vínculos de la verdad, la justicia y el trabajo; este libro de Haya de la Torre contribuye a tonificar nuestra esperanza y robustecer nuestros anhelos e ideales.

Pero no olvidemos que acaso por ser líricos en extremo, nos reducimos a expresar anhelos en generosas divagaciones románticas. Ha llegado la hora de la acción y es menester empuñar todas las armas que fueran indispensables para realizar los bellos y sagrados principios que alientan los soldados de los nuevos ideales revolucionarios. La justicia social no solo habrá de ser el resultado de una hermosa ensoñación de fraternidad humana, sino también de una positiva y ruda labor constructiva en la que cada soldado ocupa su puesto de lucha y trabajo. Recordar a Wagner es imperativo: el corazón bien puesto en el pecho y el hierro en la mano.

APENDICE

Buenos Aires, diciembre de 1927.

Mi querido compañero Wapnir:

Gustoso accedo a escoltar su trabajo con unas impresiones mías sobre su magnífico opúsculo: «Víctor Raúl Haya de la Torre y el anti-imperialismo».

Hace ya cerca de diez años que, mitad espectador, mitad actor, sigo muy de cerca la acción admirable de Víctor Raúl. Sólo este antecedente bastaría para solventar mi elogio, si no mediase, también, la circunstancia de militar, fervorosa y decididamente, dentro de los núcleos primerizos de ese gran frente único de izquierdas que Haya de la Torre planea y fundara con la definición cuadrilátera de alianza Popular-revolucionaria-americana.

Estoy, pues, en condiciones de expresarle, que su trabajo representa un interesante y serio esfuerzo de análisis, que contribuirá en mucho a la clarificación de los conceptos que informan nuestro movimiento. Y esto era necesario: más aún, urgente.

El llamado del Apra ha sido recogido en casi todos los países de América. Pero también ha suscitado resistencias dentro del campo revolucionario. Y todo se debe a incomprensión, a dogmatismo libresco, y además, necesario es decirlo, a conveniencias inferiores.

Analícemos. Creo que la nueva generación anti-imperialista, tomando la palabra «nueva» en su sentido intelectual y no fisiológico, se caracteriza por una sensibilidad especial para registrar todos los aspectos determinantes del «ahora y aquí» del medio en que le toca desenvolver su acción. Esto es, se caracteriza por su *realismo*.

Por ello ha tomado en muy buena cuenta que América ofrece especialísimas particularidades étnicas, culturales y físicas y que en su composición económica es un continente principalmente campesino, con un proletariado reducido, sujeto a la amenaza — que va siendo realidad — de una absorbente invasión imperialista.

Todo esto obliga a estudiar cuidadosamente la doctrina y la táctica revolucionarias que cabe aplicar al medio y al momento, a los efectos de obtener la ansiada transformación del régimen social.

Ahora bien; ¿estas singularidades fueron el punto de partida, la base lógica de los movimientos iniciados por las anteriores generaciones? De ninguna manera. Ellas inflamaron su entusiasmo con los textos del socialismo europeo. Quisieron aplicar los libros a la realidad y no la realidad a los li-

bros. No hicieron que la teoría brotase naturalmente del estudio del medio, como brota una planta de una semilla bien sembrada y amorosamente cultivada. Nó. Trasplantaron, y, lógicamente, el trasplante resultó un injerto híbrido que nunca pudo dar frutos.

Y, sin embargo, jamás perdieron su petulancia libresca, su estúpida egolatría, su referencia constante a las biblias europeas, escritas y pensadas, como dice Haya de la Torre, por cerebros europeos, y para la realidad europea.

Ora son aquellos que hablan de social-democracia en países culturalmente imposibilitados para practicar el sufragio y que copian lo que hace y dice Mac Donald en Inglaterra, cuando no algún Herriot en Francia, por ejemplo.

O aquellos que reclaman la dictadura del proletariado en pueblos que aún viven en el período del artesanado, como lo son casi todos los de América. Micos entusiastas y ciegos, sobre todo ciegos, de la táctica comunista de Europa, ignoran que si viniesen algunos dirigentes de aquélla y estudiaran el medio, les restregarían los ojos para despertarlos de su catalepsia fanática, haciéndoles respetar una realidad tan clara como la nuestra.

O aquellos otros, empeñados en un apoliticismo suicida, que permiten pasivamente que nos domine el imperialismo y que los escasos cuadros obreros se destruyan. Son, en el mejor de los casos, los papagayos del sorelismo en países de industrias in-

cientes y de obrerismo apenas desarrollado. O son los que aún sueñan en que vendrá un día — cualquier día menos el de hoy o de mañana — el ansiado paraíso de Kropotkine.

Nosotros hemos visto la realidad con nuestros ojos y, por eso, estamos distantes de la obra equivocada y anarquizante de esos caudilletes oxidados, faltos de fe y de visión natural de las cosas.

Queremos realizar una auténtica obra revolucionaria, aprovechando distintos elementos de las distintas escuelas y uniéndolas dentro de comunes líneas generales, practicables en nuestra América.

Consideramos que el deber inmediato y urgente es el de evitar que el capitalismo yanqui, aliado con la burguesía criolla, a la que solidifica progresivamente, subordinándola a sus planes, nos domine definitivamente.

Para lograrlo, hay que LLEGAR AL PODER.

Por eso el Apra es un partido político.

Y hay que llegar mediante un gran FRENTE UNICO de todas las fuerzas de la izquierda.

Acá un paréntesis. Por un prurito extremista, por un europeísmo mental (allá las clases están claramente divididas), se quiere menospreciar el valor revolucionario de la clase media y del pequeño comerciante. Se argumenta que son espiritualmente burgueses. De acuerdo. Pero económicamente no lo son. El empleado, principalmente, que presta su trabajo por un salario determinado — asalariado, por tanto, — es inicuamente explotado, aprovechándo-

se la desorganización de su capacidad de resistencia. A su vez, el pequeño comerciante es una futura presa del capitalismo monopolizador, del gran comerciante. Ambos, pues, deben ser enrolados dentro de la corriente histórica disconformistas que les corresponda. Otra cosa sería cobarde transigencia de magógica, craso error táctico e indisculpable renuncio a una fuerza valiosísima.

Por eso son llamados al gran frente único del Apra.

Pero sigamos. Ese frente único quiere llegar al poder para afrontar el problema del imperialismo y para fundar las bases de una economía socialista, mediante la nacionalización de tierras e industrias.

¿Por qué no se acepta este llamado, por qué no se opera la necesaria solidificación de izquierdas, ahora que la reacción mundial aprieta sus filas y está suprimiendo hasta esa libertad democrática, al amparo de la cual pudo crecer el movimiento obrero?

Es que el replanteamiento del problema revolucionario en América no puede gustar a muchos caciques de las antiguas sectas, a muchos «burócratas de la revolución», que se sienten desplazados, descubiertos en su ridículo y en su vaciedad mental, que sienten el peso de la terrible acusación de haber sido traidores por ignorancia, por falta de fe, por ausencia de decisión. Todos ellos nos tienen que atacar, nos intentan dividir. ¡Se defienden! Pero, al defenderse, se hieren ellos mismos. Ahí están

sangrando y diluyéndose. Claramente se advierte tal fenómeno en la Argentina, donde, tanto el socialismo, como el comunismo, como el sindicalismo y hasta las instituciones de izquierda están divididas y subdivididas en cómica, suicida y traidora dispersión de fuerzas. (1).

Pero esto ha de concluir. Los cuadros directores de la vieja generación van a ser relevados. Su fracaso ha sido definitivo. La masa, el «número», está harto de estos querellantes, buenos para pica-pleitos o chupatintas, pero no para conductores de reivindicaciones sociales.

Ya está hinchándose la protesta popular; ya amenaza con hacer saltar a todos estos revolucionarios de merengue o de adoquín, parejamente perjudiciales.

Aprovechando la voz serena de algunos luchadores veteranos, que comprenden la hora y cediendo, principalmente, al brioso llamado de los «nuevos», se operará la gran ALIANZA POPULAR, que gestará la REVOLUCION AMERICANA.

Usted lo ha previsto bien en su vigoroso estudio. Participo de su fe. Ojalá, al lado de Víctor Raúl, participemos de la obra y de la responsabilidad.

MANUEL A. SEOANE

(1) No coincido en este punto con las apreciaciones de Seoane sobre las que por supuesto, no he de polemizar en estas páginas. Respetuoso de sus conceptos me limito, a señalar mi discrepancia en lo que concierne a sus ideas frente al desenvolvimiento político del Partido Socialista. NOTA del Autor.

INDICE

Pág.

Prólogo	II
La sombra imperialista	17
Apéndice	53



*Dióse fin a la
impresión de
este libro a XX
días del mes de
ENERO de
MCMXXVIII
por los Talleres
Gráficos de la
Editorial Tor.*

